

Resumen

Iglesia saqueada y destrozada.	1
Altares y retablos destrozados	Todos
Imágenes destrozadas	9
Custodia desaparecida.	1
Campanas destrozadas y desaparecidas.	2
Archivo destruido	1

ALARCÓN

(Provincia: Cuenca. — Arciprestazgo: Motilla. — Habitantes: 889.)

En este pueblo, cristianísima y muy noble un tiempo, con la mayoría de los habitantes católicos prácticos antes del dominio marxista, se conservaban restos de cinco iglesias parroquiales: la de San Juan, con fachada dórica; la de la Trinidad, con las armas del Marqués de Villena y Diego Ramírez de Haro; la de Santa María; la de Santiago, y la de Santo Domingo, con buen altar mayor.

En 1936 la iglesia parroquial fué asaltada y destrozada, y quemado cuanto en ella había. Fueron destruidos ocho altares, algunos con buen dorado, así como todas las imágenes del templo; los púlpitos, joyas artísticas y de mérito, fueron arrancados y destrozados, lo mismo que los confesonarios; el sagrario, estilo Berruguete, en madera tallada y de gran mérito, fué también destruido. Entre los objetos preciosos y alhajas desaparecieron una custodia de metal dorado, 4 cálices, 3 copones, 1 cruz parroquial, 6 patenas, 1 cajita para el Viático, 1 incensario y naveta y 2 juegos de crismas, todo de plata; 1 cruz de cristal de roca, de gran mérito, y 2 Hece-Homos de mucho valor, que habían sido llevados a la Exposición de Sevilla; etc. De todo esto se encargó el Comité, para custodiarlo y guardarlo, hasta que llegaron los de «Recuperación» y se lo llevaron, sin haberlo visto más. Después del saqueo y destrozo de la iglesia fueron quemados los ornamentos y todas las ropas y demás enseres del templo. El órgano, que era estimado como una joya preciosa, fué destruido completamente. El archivo parroquial fué quemado casi por completo. Finalmente desaparecieron todas las campanas.

La iglesia fué destinada a pajar.

Resumen

Iglesia saqueada y destrozada.	1
Altares y retablos destrozados.	9
Imágenes destrozadas.	Todas
Cálices desaparecidos	4
Copones desaparecidos	3
Custodia desaparecida.	1
Campanas destrozadas y desaparecidas.	Todas
Órgano destrozado	1
Archivo destruido	1

ALBALADEJITO

(Provincia: Cuenca. — Arciprestazgo: Cuenca.)

El templo parroquial fué profanado y saqueado por los milicianos, que destrozaron y quemaron lo que no robaron.

Resumen

Iglesia saqueada y destrozada.	1
Campanas destrozadas y desaparecidas.	Todas
Archivo destruido	1

ALBALADEJO DEL CUENDE

(Provincia: Cuenca. — Arciprestazgo: Cuenca. — Habitantes: 815.)

Aunque la población era totalmente católica, sin embargo, desde el advenimiento de la República decayó bastante la piedad, hasta el extremo de verse poco concurridos los actos religiosos que se celebraban.

Durante el período rojo fueron totalmente destruidos los altares, imágenes, retablos y el órgano de buena trompetería, así como todos los ornamentos sagrados y todos los otros objetos del culto de la iglesia parroquial. También desaparecieron, destrozados y quemados, todos los libros y papeles del archivo parroquial, y se llevaron las campanas. De igual modo fueron saqueadas y destrozadas la ermita de Nuestra Señora de las Nieves y la casa rectoral. El párroco pudo huir al monte, donde, entre calamidades y sufrimientos, estuvo hasta la liberación del pueblo.

Resumen

Iglesia saqueada y destrozada.	1
Ermita o capilla saqueada y destrozada.	1
Altares, imágenes y retablos destrozados.	Todos
Campanas destrozadas y desaparecidas	Todas
Órgano destrozado	1
Archivo destruido	1

ALBALATE DE LAS NOGUERAS

(Provincia: Cuenca. — Arciprestazgo: Priego. — Habitantes: 1,120.)

El estado religioso y moral de este pueblo, a pesar de la propaganda marxista, se conservó siempre fiel a las tradiciones santas de sus mayores.

La iglesia parroquial y la ermita de Santa Quiteria fueron profanadas en 1936, y todos los altares, las imágenes y el órgano fueron destrozados, desapareciendo casi todos los objetos del culto, entre los cuales había una custodia y una cruz parroquial de plata de gran valor artístico.

Cura ecónomo de este pueblo fué don Manuel Hidalgo, que había nacido en el mismo el año 1880. Este sacerdote ejemplar murió de muerte natural después de la liberación, a consecuencia del terrible

martirio que por ser sacerdote y no querer blasfemar de Cristo ni de la Santísima Virgen, había sufrido, como vamos a referir abreviadamente, según el relato de un testigo presencial, don José García Huerta, herido en el pinar de Jábaga por las milicias rojas, que habían pretendido asesinarlo.

Don Manuel Hidalgo fué encarcelado ya a principios de agosto de 1936 en el Cuartel de las Milicias de Cuenca, donde estuvo casi un mes, «esperando de un momento a otro que le llamasen para ser también asesinado». Según declaró después, «aquello era un gran infierno»: a todas las horas del día y de la noche llevaban detenidos, «golpeados y ensangrentados»; si de allí sacaban alguno por la noche, era para asesinarlo. Entre otros, ayudó a prepararse para bien morir a don Federico Viejobuena y al señor Mombiedro, que murieron cristianamente a las pocas horas.

Después, el 1.º de septiembre de 1936, don Manuel ingresó en el hospital de Santiago, de Cuenca, como enfermo del estómago, sin que nadie sospechase que era sacerdote. Un día le visitó un anciano, el cual, al despedirse, le besó la mano, por lo cual las enfermeras rojas sospecharon y pronto se convencieron de que aquel enfermo era un sacerdote.

Entonces empezó su persecución y su martirio. Las enfermeras divulgaron entre sus amigos milicianos que en el hospital de Santiago había un cura enfermo, y los milicianos empezaron a visitarlo y a martirizarlo en compañía de las enfermeras, que le negaban el régimen señalado por los médicos y hasta los alimentos, «siendo varios los días que se quedó sin comer nada», aunque su compañero compartía secretamente con él la comida.

Evacuados los enfermos civiles, al ser convertido el hospital de Santiago en hospital militar, quedaron en él don Manuel y su fiel compañero. Muy pronto, los nuevos milicianos ocupantes del hospital, acompañados por las enfermeras, empezaron de nuevo a visitar y a martirizar al sacerdote. Todas las tardes se presentaban en la sala como una docena de milicianos y enfermeras, que blasfemaban, golpeaban, insultaban y amenazaban con la muerte al sacerdote enfermo. «Cada día se desarrollaba allí una escena de martirio, la mayor que pueda imaginarse: se colocaban alrededor de la cama del enfermo, y unos le pellizcaban, otros le escupían en la cara, éstos le echaban agua por la cabeza para que permaneciese todo el tiempo mojado, aquéllos le apuntaban con los fusiles de la guardia fingiendo dispararlos, le afeitaban cruelmente la barba con navajas de bolsillo, le metían avispas dentro de la cama... Y el sacerdote aguantaba todos estos martirios con una gran resignación y valentía.»

Un día, por la mañana, se presentaron los milicianos con una enfermera y apalearon al sacerdote en la cama, quitándole la ropa, arrastrándolo fuera del lecho, sin permitir que se pusiera la ropa exterior y pretendiendo, entre insultos groseros y golpes, que celebrara burlescamente en aquella situación, y cubierto con un paño rojo y negro, el matrimonio de una enfermera con un miliciano.

El mismo día, por la tarde, volvieron los milicianos y las enfermeras, con la pretensión de que blasfemara de Dios y de la Santísima Virgen, pero el sacerdote se negó a ello con la mayor energía. Blasfe-

maban ellos diabólicamente y le proponían que les imitase, pero él siempre rechazó con gran valentía todas las insinuaciones en ese sentido. Los insultos y los golpes se renovaban continuamente y le pinchaban con las navajas, haciéndole brotar la sangre del cuerpo.

«Cada día que pasaba, el odio contra el sacerdote era mayor: querían a todo trance que blasfemara, y le prometían que si lo hacía no volverían a molestarle... Pero si la primera negativa fué enérgica, la segunda no fué menos...» Al verse fracasados en sus intentos satánicos, aquellos milicianos sacaron del lecho al sacerdote y lo colgaron de una ventana de las que miran hacia el puente de San Antón, cogido por los pies, con la cabeza abajo, teniéndolo así durante unos quince minutos, con amenazas de soltarlo si no blasfemaba de Dios y de la Santísima Virgen. Por fin, los milicianos y enfermeras acordaron aplazar la ejecución de su plan hasta el día siguiente para ver si blasfemaba, pues si no lo hacía sería precipitado por la ventana, como «persona considerada perjudicial para la humanidad»... Hasta algunos enfermos, en momentos de confianza con el sacerdote, le aconsejaron que accediese a las pretensiones de los milicianos, con el fin de que terminaran tantos martirios. Pero el sacerdote rechazó siempre semejantes proposiciones, prefiriendo la muerte y el martirio continuo antes que blasfemar de Dios y de la Virgen.

Al día siguiente volvieron los milicianos y las enfermeras, que rodearon la cama del sacerdote. Empezaron fingiendo halagos cariñosos y le prometieron que nada le harían si blasfemaba. Le pusieron en la cabeza un pañuelo rojo y negro y le invitaban a dar vívas a los partidos marxistas y anarquistas. Seguidamente trataron de arrancarle blasfemias contra la Virgen, con amenazas de tirarle por la ventana si no lo hacía. Y ante los halagos, las amenazas, los insultos y los golpes, respondió el sacerdote: Tiradme por la ventana cuando queráis, pero yo no blasfemo contra Dios ni la Virgen Santísima. Un miliciano le replicó: ¿Pero es que tú crees que hay Virgen, so cínico? Don Manuel, con valentía y firmeza retadora ante aquella chusma de blasfemos desenfrenados, respondió: «¡Sí, creo que hay Virgen!... ¿No habéis tenido vosotros madre?... ¿No tenéis también retratos de vuestra madre?... ¿Qué diríais vosotros si yo blasfemase contra vuestra madre y me encuciara en su retrato?»

Y el testigo presencial dice: «Fué tal el efecto que estas últimas palabras hicieron en aquella chusma salvaje que, sin decir ni una palabra, se marcharon todos de la habitación con la cabeza gacha y todos avergonzados.»

Unas horas después, el Director del hospital ordenaba el traslado de don Manuel Hidalgo y de su compañero a la Cárcel Provincial, «quedando un poco más libres de tantos atropellos». Y allí continuaron presos hasta que los soldados del Ejército Nacional liberaron la provincia de Cuenca, arrancándola a la tiranía de los marxistas.

Después de la liberación de la Patria, en la paz de España, don Manuel Hidalgo murió en el ósculo del Señor y bajo la protección de la Santísima Virgen, cuyo honor había defendido con sufrimientos horribles, en un martirio glorioso, prefiriendo todos los dolores, afrentas y la muerte, antes que proferir palabras injuriosas contra Dios y Santa María.